

EUROPA Y LA ACTUALIDAD

Juan Manuel Checa y Francisco López Frías

Introducción

El primer signatario de este capítulo fue, al mismo tiempo, el becario escogido por la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona para participar en el Fórum Universal de las Culturas, recogiendo la documentación pertinente con vistas a elaborar el libro que ahora principia: a él le competen las últimas responsabilidades que puedan derivarse de los aspectos más metodológicos del proyecto. Y aunque no son estas páginas las más apropiadas para llevar a cabo una crítica general del evento en sí, y como de algún modo hay que empezar, anotaremos una primera impresión, una pasajera impronta que prendió, sin embargo, en el espíritu del becario con tanta viveza que, pasados ya varios meses, todavía perdura. El Fórum fue, básicamente, un acontecimiento *bíblico*. Desde luego, no porque éste fuera en sí un hecho sin precedentes o novísimo en su naturaleza: Barcelona es una ciudad que parece necesitada de espectáculos afines para su desarrollo urbanístico y social. No, el calificativo responde más bien a un temporal estado de ánimo.

En efecto, mientras el becario asistía a las distintas conferencias, visitaba todas las exposiciones, o simplemente, recorría con cierta indolencia las instalaciones del recinto, era dulcemente transportado a una época levítica y lejana. Contribuía a ello la imponente majestad del lugar, el denodado tesón con el que fue conquistado parte de su suelo al mar, o aquel arco del triunfo de las nuevas tecnologías que suponía la placa fotovoltaica y que dotaba a todo el conjunto de vetustas dignidades faraónicas. Otro tanto podría decirse de los diálogos o conferencias celebrados allí, en donde la disparidad de criterios, el pluralismo de las opiniones encontradas e, incluso, la aparente antinomia en que caían no pocas propuestas de futuro evocaban lejanamente aquella Torre de Babel con la que los hombres desafiaron una vez a los cielos.

Como ya dijimos, no vamos llevar a cabo una crítica del evento en cuestión: que cada cual interprete esa primera impresión según el caudal de su espíritu o el estado de su humor. A nosotros nos interesa traerla, como quien dice, por los cabellos, pues nos permite enunciar y desarrollar una primera característica de eso que algunos han dado en llamar la condición humana y que no se agota en las sucesivas aportaciones de las

distintas ramas de la ciencia¹. En suma, su original *narratividad*. Desde un punto de vista un tanto ingenuo, avala nuestra suposición la necesidad que sentimos de describirnos a nosotros mismos como historias, ora fidedignas ora meras fábulas, o remotas genealogías. Por otro lado, y por desarrollar una idea que devino obsesiva a lo largo de todo el Fórum, no es menos cierto que, en la construcción de nuestra propia identidad, en la narración de nuestros más íntimos hechos, juega un papel preponderante la presencia de los otros; en suma, la alteridad.²

El asunto no es más viejo que la propia filosofía. En una de sus obras más inspiradas y, por añadidura, más complejas, Platón puso de manifiesto la inherente antinomia que se establece en la relación entre la unidad y la multiplicidad³. Nos enfrentamos con un planteamiento afín a la hora de abordar la idea de identidad y diferencia. La primera es la suma de todas aquellas cosas que nos distinguen de lo demás; es decir, nuestras propias diferencias que, a su vez y a pesar de su heterogeneidad, quedan subsumidas en una unidad superior; a saber, nuestra propia identidad.

En rigor, esta última plantea inconvenientes análogos con los que la antigua metafísica tuvo que lidiar a la hora de presentarse la realidad de las esencias. Poner sobre el tapete su problemática naturaleza no nos alejaría de nuestras intenciones primeras, ampliando todo un universo de posibilidades especulativas que, en consideración al signo de estos tiempos, exige siquiera una somera reflexión, esbozada más arriba. Repitámoslo: la capital importancia que juegan los demás en la creación de nuestros rasgos distintivos. Es más, incluso la pupila ajena ve y sabe de nosotros mismos mucho de lo que se nos aparece como vedado, más allá de nuestra propia e inquisitiva mirada. Bruto sabe por Casio que es un republicano consecuente y un perfecto conspirador⁴, Leopold Bloom se pregunta de qué forma le verían los demás

¹ UNAMUNO, *Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos (O. C.: XVI)*. Editorial Vergara, Barcelona, 1958, p. 127.

² Un término hoy en boga y que podría muy bien sustituir al nuestro es el de <<otredad>>. Prescindimos del mismo en parte por garantizar la pureza de nuestra lengua (aquél no es más que un neologismo que pretende traducir un término foráneo) y en parte porque la definición de alteridad, así como la de términos análogos como alterar, alterarse o alteración, refleja muy bien un peculiar sentido de <<otro>>, sentido que alienta nuestro desarrollo posterior, y que goza de connotaciones evidentemente negativas. Por culminar con un ejemplo, decimos que se altera quien no es el mismo, quien está fuera de sí.

³ PLATÓN, *Parménides (Diálogos V)*. Editorial Gredos, Madrid, 1998, 12ª y ss.

⁴ SHAKESPEARE, *Julius Caesar* (Act One, Scene Two). Cambridge University Press, Cambridge, 1957. Traemos a colación el pasaje por pura melancolía filosófica: en el mismo lugar el poeta inglés advierte que el ojo no se ve a sí mismo si no por reflejo en cualquier otro objeto, lo que no muy lejanamente recuerda a la tesis de Wittgenstein según la cual la pupila no se ve a sí misma. Cfr. WITGENSTEIN, *Tractatus lógico-philosophicus*. Alianza Editorial, Madrid, 2000, prop. 5.633.

como él llega a verlos⁵. Sin embargo, de todos los pronombres es seguramente la tercera persona la más impersonal, tanto en singular como, y sobre todo, en plural. Con la primera y la segunda (<<yo>>, <<tú>>) queda garantizada la conversación, al menos en su carácter más mínimo. Pero ¿qué clase de estatuto le corresponden a las formas <<él>>, <<ella>>, <<ello>> o <<ellos-as>>? ¿Tienen algún papel en esa plática incesante y copiosa que es la vida? Incluso en literatura –tomando esta palabra en su más amplia acepción– el uso de la tercera persona garantiza aparentemente la objetividad. Sin embargo, ¡qué lejos está de nuestra subjetividad lo ajeno! ¡Cuántas dificultades hemos de afrontar a la hora de presentarnos la alteridad como tal! Cierta autor ilustra estas tesis con una bella parábola:

La primera percepción que tengo del prójimo es la de ser un elemento desintegrador de mi mundo y que al mismo tiempo lo constituye. Estoy en el parque. Mi mirada se pasea por los diferentes objetos: el banco, el césped, el árbol, las flores. Es un paseo constitutivo de mi mundo. Están cerca, lejos, de mí, unos junto a otros; emergen desde un fondo de ser sin fisuras, pero son organizados desde mí como centro ontológico. De repente, mi mirada tropieza con algo que se resiste a esta objetivación plena, que trastorna todo mi mundo, que no se mezcla con las demás cosas, que no tiene con ellas una relación aditiva. A eso le llamo *hombre*. Aunque su carácter de probabilidad, en principio, es el mismo que el del resto de los objetos, me doy cuenta que no puedo reducirlo a uno más de ellos. De momento ha desorganizado mi mundo. Lo que antes era *mi mundo* ahora pasa a ser *su mundo* y yo estoy en él, soy un objeto para quien me mira. Es un objeto maligno, es otro sujeto.⁶

De este modo, la mirada y la opinión del otro cuenta definitivamente incluso a la hora de constituir el mundo como tal. O al menos, tal era también la opinión de uno de los más egregios pensadores que nuestro país tiene por hijo, Ortega y Gasset, quien confirió a esta problemática nuevas dimensiones. Este filósofo había experimentado en grado superlativo la fundamental necesidad que impone la vida, la vida que cada uno de nosotros vive personalmente, a la hora de enunciar los principales rasgos de lo humano⁷. Lo que cuenta para cada cual es ese particular tramo de la realidad en la que se ve

⁵ JOYCE, *Ulises I*. RBA Editores, Barcelona, 1995, p. 184.

⁶ GONZÁLEZ, *El hombre como divina ausencia*. Textos Universitarios “Sant Jordi”, Lérida, 1998, pp. 106-107.

⁷ RODRÍGUEZ HUESCAR, *La innovación metafísica de Ortega*. Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1982, p. 18.

inmerso y le impele a dar una respuesta propia⁸. Sin ánimo alguno de establecer jerarquías improvisadas, destaca al contrario la visión que cada uno tiene de las cosas, reconociendo como insustituible su verdadero valor. La realidad, nos dice,

se ofrece en perspectivas individuales. Lo que para uno está en último plano, se halla para otro en primer término. El paisaje ordena sus tamaños y sus distancias de acuerdo con nuestra retina, y nuestro corazón reparte los acentos. La perspectiva visual y la intelectual se complican con la perspectiva de la valoración. En vez de disputar, integremos nuestras visiones en generosa colaboración espiritual, y como las riberas independientes se aúnan en la gruesa vena del río, *compongamos el torrente de lo real*.⁹

Hemos subrayado estas últimas palabras pues hay en las mismas algo así como una pequeña verdad oculta. Parece decirnos que del mismo modo que nuestras ideas y convicciones son consubstanciales a nosotros mismos, nos constituyen con arraigada tenacidad, también conforman en no menor medida la verdadera naturaleza de la totalidad; es decir, toda visión del mundo cuenta si queremos que este último no permanezca definitivamente inconcluso. Contra lo que pudiera parecer, esta doctrina no desemboca en un relativismo simplón; Ortega no pretende negar la existencia de la verdad, rehabilitar el mero error o establecer un *anything goes*. Sencillamente, destaca el valor que toda opinión tiene antes de un análisis o contrastación rigurosos. Lo que escapa, en fin, a todo el que mire esta filosofía desde el cómodo dominio de la verdad absoluta y no pueda aceptar una visión no ya opuesta sino diferente de la propia.

Pues tal fue, en definitiva, la gran conclusión que de un modo retrospectivo puede extraerse del Fórum en general: la importancia que tiene *a priori* toda idea o consideración y la necesidad que demandan de amistosa confrontación. Culminemos por tanto estas primaras palabras preliminares para dar paso a los diálogos del Fórum que nos corresponde comentar. Eran básicamente tres: *El mundo, hoy*; *La memoria compartida* y *El papel de Europa en el mundo*, reunidos bajo un bloque genérico llamado *Introducción*.

⁸ ORTEGA Y GASSET, *Meditaciones del Quijote*. Alianza Editorial, Madrid, 2001, p. 25.

⁹ ORTEGA Y GASSET, *El espectador* (Antología). Salvat Editores, Madrid, 1969, p. 21.

La dura actualidad

Dice Vladimir de Semir que con el tristemente célebre 11 de septiembre –nosotros añadimos también nuestra desastre nacional que supuso el 11 de marzo- empezó verdaderamente el siglo XXI¹⁰. Sin embargo, los instrumentos que manejamos, las instituciones políticas en las que nos cobijamos e, incluso, la conciencia de la actual sociedad civil, persisten en mantenerse fieles a su propio origen, momento de un tiempo ya inevitablemente pasado como fue el situado en el enfrentamiento solapado que supuso la antigua política de bloques. Podemos saludar empero una nueva aurora, un día flamante en el que asistimos impotentes al absoluto predominio que un único país, Estados Unidos, ejerce en la escena internacional.

Como otrora ocurrió con los grandes imperios, esa nación no ha llegado a imponerse sobre el resto tan sólo por fácil recurso de las armas y la fuerza. Más bien debe su supremacía a la imposición inequívocamente unilateral de un sistema político, económico y cultural –ese *American way of life* que todavía padecemos- frente a la diversidad de posiciones alternativas, de *Weltanschauungen* vernáculas que deben su sede a toda cultura. Su sello inconfundible es, como no podía ser de otro modo, la globalización,

una economía con la capacidad de funcionar como una unidad en tiempo real a escala planetaria. Aunque el modo capitalista de producción se caracteriza por su expansión incesante, tratando siempre de superar los límites de tiempo y espacio, sólo a finales del siglo XX la economía mundial fue capaz de hacerse verdaderamente global en virtud de la nueva infraestructura proporcionada por las tecnologías de la información y la comunicación. Esta globalidad incumbe a todos los procesos y elementos del sistema económico.¹¹

Sin embargo, el proceso al que aludimos no sólo abarca los aspectos más económicos de la vida humana¹². Para calibrar en su justa medida su magnificencia se ha de entender básicamente como un hecho cultural más; por desgracia, como el símbolo que mejor traduce las inquietudes, esperanzas y temores de la Humanidad que nace con el siglo.

¹⁰ DE SEMIR, *Sabiduría: QUARK*, Universitat Pompeu Fabra, Barcelona, 2004, nº 32, p. 10.

¹¹ CASTELLS, *La era de la información: La sociedad red* (volumen I). Alianza Editorial, Madrid, 1999, p. 120 (cursiva en el original).

¹² Cuando no se reduce a esa última a una omnimoda dimensión económica. Un buen ejemplo de ello son los contratos prematrimoniales que firman algunas parejas en aras de evitar futuros pleitos por los bienes de cada uno de ellos, pero que un espíritu un tanto sentimental y sensible puede interpretar como la conversión del amor en una simple y rutinaria transacción.

Pero este fenómeno, conviene repetirlo, recrea y mantiene la caduca política de años pasados. Y aunque tímidamente la sociedad civil comienza a sensibilizarse frente a los excesos y francos inconvenientes que plantea el estado imperante de las cosas no es todavía una alternativa viable; mejor dicho, no es una oposición firme frente a aquél. Aunque muchos de los diálogos que se celebraron en el Fórum y en los que participamos alentaban a la generalidad de los hombres y de las mujeres a luchar por un *mundo* diferente, modernizando instituciones prematuramente envejecidas como la ONU o el Banco Mundial, lo cierto es que esa posibilidad sólo se puede entrever hoy en la solidaria actuación de las Organizaciones no gubernamentales o en grupos juveniles.

Diremos más: ni tan sólo el peligro nuclear ha desaparecido. Uno de los ponentes del diálogo *El mundo, hoy*, Robert Mcnamara, secretario de defensa bajo el mandato de John F. Kennedy y, en su momento, uno de los políticos con mayor influencia en los destinos del mundo, tras describir las funestas secuelas que genera la explosión de una bomba atómica, denunció la impune proliferación de ese tipo de armas. Esto es debido a que las antiguas potencias siguen experimentando en ese campo, mientras que países que carecían de potencial atómico en el momento en que se firmaban las moratorias para frenar su producción, como la India o Pakistán, en cuanto se han hecho con él no han dudado en dotarse de ese armamento pues no se sienten obligados a nada ni en absoluto responsables. Referimos esta anécdota por pura maldad: al concluir su intervención, una persona del público le preguntó sobre su labor en beneficio de la paz cuando poseía un poder efectivo y Mcnamara respondió con evasivas. Sin embargo, también exigió la movilización de la sociedad civil en la lucha contra este tipo de armas.

La labor del intelectual

Tan oscuros pronósticos debían tener, por feliz contrapartida, alguna conclusión más amable, y estará sobre el tapete girando en torno a la figura del intelectual, una figura que ya Ortega, el filósofo español al que nos referíamos anteriormente y verdadera musa de todas estas páginas, ya juzgaba como problemática. En cierto modo, como demasiado opuesta al sentir y pensar de sus contemporáneos, excesivamente peligrosa tanto para ellos como para sí. Ser intelectual, nos recuerda el pensador,

es saber vivir en la duda y desde la duda sin marearse ni sufrir vértigo, estar en un <<mar de dudas>> como suele decirse; este es un elemento inestable, permanente naufragio en el cual no hay más remedio que bracear sin descanso para no irse al fondo

y ahogarse, mas prefiere esta su arriesgada vocación a asentarse cómodamente sobre cualquier creencia putrefacta. Esta inmersión en la duda no es capricho ni es prurito o manía, no es afición, que sería patológica, a los estados crepusculares, indecisos —es todo lo contrario, hasta el punto de que sólo el auténtico intelectual puede decirse que es el hombre resuelto radicalmente a <<salir de la duda>>, pero a salir de verdad y llegar, de verdad, a estar en lo cierto.¹³

Cualquiera que sienta cierta predilección por la filosofía, o una persona culta en general, podrá percibir en estas palabras alguna influencia cartesiana. Dejémosla de lado, pues nos interesa más reconocer la valía propia de todo pensador, a quien tal vez fuera conveniente restituir parte de su reputación pasada en beneficio de futuras claridades. Sin embargo, y como advierte Emilio Lamo de Espinosa, catedrático de sociología y uno de los ponentes de Fórum, el exceso de conocimiento, o mejor dicho, de la información, no es tan sólo una consecuencia más del fenómeno de la globalización y un desplazamiento de su antiguo estatus del intelectual en beneficio de una mayor democratización del saber. Es, al mismo tiempo, uno de los mayores desafíos a los que este último pueda enfrentarse en nuestros días.

La ciencia y las tecnologías modernas deben parte de su prestigio a la constante descalificación con la que condenaron a otras explicaciones del mundo. En rigor, la física aristotélica no fue perfeccionada por las aportaciones de Galileo; estas últimas, más bien, privaron de todo sentido a las primeras. Los distintos paradigmas científicos, es decir, la amplia gama de recursos, instrumentos y finalidades con la que los hombres de todas las épocas echaron mano para entender la realidad se suceden impetuosamente, como las convulsiones políticas¹⁴, y, al alcanzar la plena hegemonía, se bastan por sí mismas para explicar prácticamente la totalidad de las cosas. El hecho de que el propio Galileo tuviera que enfrentarse a filósofos escolásticos, o que la ciencia (y la filosofía contemporánea) tomará armas en la defensa de sus posiciones frente a la metafísica, que no aspira a ser más que un discurso de lo universal, confirma nuestra primera suposición, según la cual sólo una visión del mundo puede ser la correcta y, querámoslo o no, está viene de la mano de las ciencias experimentales. Su condicionamiento implica incluso una nueva forma de ver las cosas demasiado familiares.¹⁵

¹³ ORTEGA Y GASSET, *La razón histórica (O. C.: VI)*. Revista de Occidente, Madrid, 1964, p. 249.

¹⁴ KUHN, *La estructura de las revoluciones científicas*. F.C.E. México, 1990, p. 149 y ss.

¹⁵ Op. cit., p. 176.

En resumen, y dicho de un modo harto tremebundo, sólo hay un léxico correcto y nos viene dado por esa epistemología. El resto es prácticamente fábula o invención. Sin embargo, el poder, puesto que saber es poder, cuando deviene absoluto se torna al mismo tiempo ingobernable y cruel. La aparente incompatibilidad esbozada más arriba entre ciencia y mito, entre distintas narraciones, se resuelve si atendemos al sentido final de su verdadero interés: el dominio. Como el conocimiento racional, el mítico pretende una explicación del universo y evolucionan uno del otro por la afinidad de sus propósitos:

las categorías mediante las cuales la filosofía occidental definía el orden eterno de la naturaleza indicaban los lugares anteriormente ocupados por Ocnos y Perséfone, Ariadna y Nereo. Las cosmologías presocráticas fijan el momento del tránsito. Lo húmedo, lo informe, el aire, el fuego, que aparecen en ellas como materia prima de la naturaleza, son precipitados apenas racionalizados de la concepción mítica. Del mismo modo que las imágenes de la generación a partir del río y de la tierra, que desde el Nilo llegaron a los griegos, se convirtieron allí en principios hilozoicos, es decir, en elementos, así la exuberante ambigüedad de los demonios míticos se espiritualizó enteramente en la pura forma de las entidades ontológicas. Mediante las Ideas de Platón, finalmente, también los dioses patriarcales del Olimpo fueron absorbidos por el *logos* filosófico.¹⁶

Pero, conviene repetirlo, la voluntad de poderío guía todo este proyecto intelectual. En nuestros días, y siguiendo con nuestro ponente, el afán de saber ha conducido a una fértil proliferación de diversas disciplinas, al mismo tiempo que éstas se veían prácticamente dominadas por los oscuros designios de la industria o del ejército. De este modo, la necesidad de lograr resultados prácticos del conocimiento especulativo se vio compensado por una mayor dotación de recursos económicos y una posibilidad de crecimiento mucho mayor. En cualquier caso, todo ello redundó en beneficio de los ciudadanos, que tenían a su alcance los últimos prodigios que el saber podía procurar. Es un ejemplo trivial pero nos viene de perlas: antes de su comercialización y universal distribución, la célebre red de redes (omnímodo Internet) fue ideada prácticamente por militares y para militares.

De la misma manera que las estrellas pueden colapsarse por su propio peso, provocando una hendidura en el espacio, los inveterados y nobles sueños ilustrados se

¹⁶ HORKHEIMER, ADORNO, *Dialéctica de la Ilustración*. Editorial Trotta, Madrid, 1994, pp. 61-62.

han consolidado hasta convertirse en el centro de gravedad que todo lo atrae. El afán de saber, ese diminuto y sincero amor hacia los últimos arcanos de la naturaleza, se ha extendido a lo largo del tejido social, se ha metamorfoseado en el progreso, en el tren de vida de cualquier ser humano, y es poderoso hasta tal punto que quien no accede al mismo, quien no se esfuerza por ampliar y actualizar sus conocimientos; esto es, quien no se *recicla*, se condena y se exilia del paraíso terrenal. El mundo es cambio, es devenir constante y continuo; se suceden las jornadas y hay que estar al día. Sin embargo, y por muy mal que nos pesare, ni el mundo ni tan sólo la vida humana están por completo desprovistos de ciertas ideas de valor y finalidad. Paradójicamente, sobre este punto, que es tan importante y que juega tan dramático papel en nuestro quehacer cotidiano, nada puede decir la sabiduría con la que nos hemos engalanado.

En realidad de verdad, permanecemos ciegos a nociones tales como bondad o equidad, ya porque las consideremos como patrimonio exclusivo de la teología o la religión en general, ya porque el ser humano empieza a desnortarse. Pues incluso algo tan simple como el sentido común hoy aparece prácticamente en peligro de extinción. El escritor uruguayo Eduardo Galeano, otro de los ponentes del Fórum, lo puso de manifiesto al plantear las propias antinomias que se dan nuestros días: hay un gasto militar excesivo y hambre en muchas regiones del globo. O las naciones que más armas fabrican y venden gozan al mismo tiempo de derecho de veto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. ¿No es irracional, según este escritor, que los custodios de la paz hagan negocio con la guerra? Tampoco tienen un verdadero funcionamiento democrático las grandes instituciones internacionales que están constituidas, paradójicamente, por países democráticos. Y son otro atentado contra el sentido común los crímenes de las antiguas dictaduras latinoamericanas o la desigualdad entre los sexos. Sin embargo, el momento más bello de su exposición llegó cuando Galeano buscó una parábola que sirviera para dilucidar lo que entendía por sentido común. Los patos, dijo, cuando emprenden sus migraciones se van alternando para guiar a la bandada. Ninguno de ellos se considera mejor por liderar al grupo ni peor por ser liderado, lo que demuestra que no han perdido el sentido común. Esta es la solución, según nuestro autor. Bástenos con todo lo dicho, pues volveremos a retomar la figura del intelectual posteriormente.

La importancia de la memoria

Hemos querido concluir estas últimas líneas con un autor latinoamericano dado que fue su continente el que mayor papel jugó en el siguiente diálogo, *La memoria compartida*. La historia, la memoria, es fundamental tanto para la vida de los pueblos como para la de los seres humanos, pues otorga una importante sensación de permanencia frente a la mutación del entorno y permite consolidar valores sociales y políticos.

El recuerdo del pasado es necesario para afirmar la propia identidad, tanto la del individuo como la del grupo. Uno y otro se definen también, claro está, por su voluntad en el presente y sus proyectos de porvenir; pero no pueden prescindir de ese primer recuerdo. Ahora bien, sin un sentimiento de identidad con uno mismo, nos sentimos amenazados en nuestro propio ser y paralizados. Esta exigencia de identidad es perfectamente legítima: el individuo necesita saber quién es y a qué grupo pertenece. Saber que se es católico, o del Berry, o campesino, o comunista aporta el reconocimiento de nuestra existencia; no somos anónimos, no corremos el riesgo de ser devorados por la nada. Si recibimos una revelación brutal sobre el pasado, que nos obliga a reinterpretar radicalmente la imagen que nos hacemos de nuestros íntimos y de nosotros mismos, lo que se ve alterado no es un compartimiento aislado de nuestro ser sino nuestra propia identidad. Los ataques no deseados a la memoria no son menos graves. ¿Quién no ha visto nunca a una persona afectada por la enfermedad de Alzheimer? Tras haber perdido gran parte de su memoria, ha perdido también su identidad.¹⁷

Pero como ocurre con las personas también necesitan las naciones y las culturas de ese sueño de los justos que es el olvido, el cese, consciente o no, de un recuerdo lamentable. Del mismo modo en que los filósofos juegan con antítesis como <<ser>> y <<devenir>>, <<apariencia>> o <<realidad>>, todos experimentamos la urgencia de olvidar y recordar alternativamente, so pena de perder la estabilidad mental. Por otro lado, y llevando esta reflexión a una dimensión moral, conviene tener presentes los agravios sufridos antaño si uno quiere vengarlos hogaño, lo que puede poner en entredicho la bondad de atesorar los instantes perdidos. A veces es mejor dar carpetazo al pasado, siquiera para poder disfrutar mejor del presente.¹⁸

¹⁷ TODOROV, *Memoria del mal, tentación del bien*. Ediciones Península, Barcelona, 2002, p. 199.

¹⁸ *Ibid.*, p. 203,

La historia empero ni es el cúmulo de todos los hechosidos ni se escribe de un modo unidireccional. Aunque con demasiada frecuencia calificamos como universal lo que no es más que el relato de la gestación y predominio de los pueblos occidentales, lo cierto es que también hay una historia de los pueblos colonizados, de los perseguidos y de los exiliados. No puede considerarse sino como la peor afrenta a la razón y a los buenos sentimientos el desconocimiento o la escasa difusión de las injusticias que tales pueblos sufrieron. En este sentido se conjuga una exigencia intelectual con un imperativo moral y una responsabilidad democrática: la historia no debe ser firmada por el vencedor; se ha de dar voz a los silenciados, máxime si se tiene en cuenta que la causa de sus suplicios no ha terminado ni se han logrado corregir las injusticias que los relegan a un anónimo papel. Tomar conciencia de la dimensión histórica en la que nos hallamos, y que en última instancia nos constituye como seres humanos, nos obliga a tener en cuenta, mejor dicho, a destacar la penosa situación de los que viven al margen del progreso.

Anteriormente advertíamos de los peligros que entraña la conquista del conocimiento. El más grave de todos ellos tal vez sea el que nos brinda una engañosa sensación de seguridad y una imagen tergiversada de nosotros mismos. Pues, como dice Ortega, el hombre necesita de creencias:

cuando no se trata de descansar, sino, por el contrario, de *ser* con máxima intensidad, por tanto, de crear, el hombre emerge y se levanta desde el elemento como líquido, fluctuante y abismático que es la duda. Esta, la duda, es el elemento creador y el estrato más profundo y sustancial del hombre. Porque éste ciertamente no comenzó, en cuanto hombre natural y no sobrenatural, por tener fe; e inclusive el cristianismo reconoce que el hombre, al dejar de ser sobrenatural y convertirse en el hombre histórico, lo primero que hizo fue perder la fe y estar en un mar de dudas. Admirable expresión que todos nuestros idiomas poseen, donde se conserva vívida la más vieja experiencia humana, la más esencial: aquella situación en que no hay un mundo solidificado de creencias que lo sostenga y le lleve y le oriente, sino un elemento líquido donde se siente perdido, se siente caer –estar en la duda es caer-, se siente náufrago. Pero esta sensación de naufragio es el gran estimulante del hombre. Al sentir que se sumerge reaccionan sus más profundas energías, sus brazos se agitan para ascender a la superficie. El náufrago se convierte en nadador. La situación negativa se convierte en positiva. Toda civilización ha nacido o ha renacido como un movimiento natatorio de salvación. Este combate secreto de cada hombre con sus íntimas dudas, allá en el recinto solitario de su

alma, da un precipitado. Este precipitado es la nueva fe de que va a vivir la nueva época.¹⁹

De ese naufragio nos libra la cultura y la misma historia que, por eso mismo, se revelan funcionales y auxiliares. No es otra la condición humana, en cualquier situación o momento; el naufragio, el desplazamiento. Aunque las guerras o los desastres naturales expulsen de sus hogares a pueblos enteros, aunque miles de inmigrantes arriesguen su vida para ganársela en cambio sobre suelos más ricos, también los que tuvimos la suerte de nacer en democracias prósperas y en armonía podemos participar de sus desdichas y somos en esencia lo mismo que ellos. El desplazamiento marca el destino del ser humano²⁰. De ahí nuestra incansable búsqueda por un entorno habitable, por una seguridad política que a la larga nos proteja de las arbitrariedades de un poder absoluto o de la anarquía total, de ahí también nuestra necesidad de paz. Pues aunque cueste creer lo contrario, la historia es el largo y duro recorrido hacia esta última.

La paz

No es difícil refutar estas últimas palabras. Es demasiado fácil hallar ejemplos en la actualidad que demuestren lo contrario: en el momento en que se escriben estas páginas todavía ruge una guerra, un conflicto que tardará mucho en concluir. El fantasma del terrorismo no ha desaparecido completamente ni siquiera en nuestro país. No hay empero paradoja alguna ni buscamos, como filósofo Miguel de Unamuno, una lucha incesante por la verdad y la paz aunque devenga sanguinaria y atroz²¹, o no hemos sabido resistirnos a las pesadillas de las postmodernidad²². Pero, desde un punto de vista ético, es difícil mantener una posición que legitime o disculpe el uso de la fuerza (al menos sin atender previamente a otros recursos). Ni nadie en su sano juicio o con un mínimo sentido moral puede encontrar solaz alguno en el vil espectáculo de la guerra.

¹⁹ ORTEGA Y GASSET, *Meditación de Europa (O.C.: IX)*. Revista de Occidente, Madrid, 1965, pp. 251-252.

²⁰ Preferimos los términos <<desplazar>>, <<desplazado>> al de <<refugiado>>. Desde luego, el segundo designa a la persona que busca asilo en el extranjero por hallarse su país en plena convulsión política o militar. Aparentemente brinda una definición mucho mejor que los nuestros, los cuales en cambio connotan una idea de inadaptación al entorno foráneo más acorde con las circunstancias personales de quien pretende construir un hogar lejos de su hogar.

²¹ UNAMUNO, *Paz en la guerra*. Editorial Cátedra, Madrid, 1999, pp. 509 y ss.

²² LYOTARD, *La condición postmoderna*. Editorial Cátedra, Madrid, 2000, pp. 9-10.

Más allá de las lindes del filosofar, incluso en el relato de la actualidad se ven indicios, francas esperanzas de que el ser humano siente la imperiosa necesidad de poner fin a toda posible hostilidad. No hace tantos meses la sociedad civil ucraniana se rebeló contra los resultados de unas elecciones generales fraudulentas, exigiendo y logrando la repetición de los comicios. Y la de todo el mundo clamó con voz de trueno contra el conflicto en Irak, o contra los atentados en Madrid, lo que condujo a la derrota del partido entonces gobernante en España, partidario de aquel conflicto por añadidura. Y ya en este país, el colectivo homosexual va a lograr su legítimo derecho al matrimonio, siempre desde la movilización festiva y pacífica.²³

La democracia, cuya sólida base la constituye la asunción de los derechos humanos y de las libertades públicas, se impone lenta pero firmemente incluso en los países donde el peso ideológico de la religión no ha desaparecido del todo, un primer paso para su futura restricción²⁴. Y aunque a lo largo del todo el Fórum se exigió una reforma sustancial de las instituciones internacionales, tal reforma pasaba por una mayor democratización de las mismas. Es decir, una forma verdaderamente adulta de afrontar y resolver los problemas. Un autor de nuestro tiempo, Francis Fukuyama, siguiendo una reflexión afín, no duda en afirmar que con la democracia liberal y la economía de mercado hemos alcanzado –a pesar de sus deficiencias- el final de la historia, la imposibilidad de pensar un estilo de vida distinto del que gozan los países occidentales. Su mejor argumento tiene, tomando el calificativo en su más amplia acepción, un origen psicológico.

El deseo y la razón se bastan juntos para explicar el proceso de industrialización y, de modo más general, una gran parte de la vida económica. Pero no pueden explicar la lucha por la democracia liberal, que en fin de cuentas se deriva del *thymos*, la parte del alma que reclama reconocimiento. Los cambios sociales que acompañan a la industrialización avanzada, en particular la educación universal, parecen liberar cierta exigencia de reconocimiento que no existe entre gente más pobre y menos educada. A

²³ No olvidamos la tristemente célebre violencia de género. Desde luego, puede considerarse como una buena refutación a nuestras tesis. Y debemos confesar que no hemos sabido dar cumplida respuesta a la misma. Seguramente el camino hacia el pleno reconocimiento de los derechos y de las libertades es más arduo y tortuoso de lo que a primera pudiera parecer. Sin embargo, cuando un profundo y sincero deseo de paz arraigue en todos los corazones tal vez entonces se ponga fin a esa lacra.

²⁴ El nacimiento de la democracia suele ser múltiple. Coadyuvan a su génesis los factores físicos como la voluntad general, la consolidación de la clase media, la libertad de prensa, etc., pero también los espirituales, como la emancipación de las creencias religiosas, o al menos, su limitación a la hora de acceder al espacio público. *Gott ist tot*, nos recordaba Nietzsche; y es ciertamente el fin de toda autoridad trascendente lo que mejor permite a los seres humanos sacar el máximo partido a sus potencialidades.

medida que mejora el nivel de vida, que la población se vuelve más educada y cosmopolita y que la sociedad en su conjunto alcanza una mayor igualdad de condiciones, la gente empieza a reclamar no simplemente mayor riqueza, sin también el reconocimiento de su valía. Si los seres humanos no fuesen otra cosa que deseo y razón, se contentarían con vivir en Estados autoritarios de economía de mercado, como la España de Franco, Corea del Sur o Brasil bajo el gobierno militar. Pero poseen también un orgullo <<thymotico>> de su propia valía, y esto les lleva a pedir gobiernos democráticos que los traten como a adultos y no como a niños. El comunismo ha sido superado por la democracia liberal, en nuestro tiempo, porque se ha caído en la cuenta de que aquél proporciona una forma gravemente deficiente de reconocimiento.²⁵

Desde luego, el libro del autor estadounidense adolece, a pesar de lo espectacular de sus conclusiones, de insoslayables inconvenientes. No nos detendremos en los mismos pues compartimos la idea básica que lo inspira, al menos en su aspecto más político. El régimen democrático es, sin duda, *el mejor de los mundos posibles*. Y no sólo porque el número de los beneficios que genera compense los perjuicios que pueda acarrear, sino por ser el único sistema político y social que logra mantener al mal allende sus propias fronteras. Pues hay un mal en política, un cáncer que constantemente amenaza la vida de los hombres y de los pueblos, la concordia y la armonía, y no es otro que la violencia. Tradicionalmente, el poder se ha visto consolidado por el recurso indiscriminado de la fuerza. Los regímenes totalitarios de la pasada centuria han sido, de un modo u otro, violentos, incluso en sus aspectos más teóricos y formales. La historia, en fin, nos demuestra que los pueblos han visto asegurada su existencia o incrementado su poderío *vi et armis*.

Con la democracia se impone un punto final. Al instaurar el reconocimiento de los derechos humanos, que pueden reducirse, si se nos permite recurrir a una máxima sumaria, a la idea de que nadie merece morir²⁶, y dotar a las personas de los medios para lograr su propia realización, ya como individuos ya como colectivos (la defensa de las libertades públicas), el recurso de la fuerza bruta aparece no tan sólo como un obstáculo para el natural desarrollo de la sociedad que apuesta por una alternativa democrática, sino como un anacronismo, el mal recuerdo de un pasado lamentable. Al imponer el diálogo y el respeto mutuo como condición indispensable para la convivencia y la paz,

²⁵ FUKUYAMA, *El fin de la Historia y el último hombre*. Editorial Planeta, Barcelona, 1992, pp. 19-20. Toda la tercera parte del libro es un análisis y exposición de esa instancia anímica.

²⁶ La defensa de la propiedad intelectual garantiza que todo autor pueda vivir de su trabajo. Atentar contra la misma pone en peligro, valga la tajante afirmación, la existencia de aquél.

la democracia acierta a dotarse de una bondad sustantiva, que puede traducirse fácilmente, para todo el que profese sincera fe democrática, en un exceso de cordialidad que conduzca a ser benevolente incluso con el peor de los malévolos. No sería conforme a derecho torturar al torturador, lo que por cierto no deja de ser un molesto inconveniente (al menos para los que no se consideran demócratas de corazón).

A pesar de su efectiva consolidación la democracia no deja por eso mismo de ser una utopía. No es que se trate de una falaz quimera o un eufemismo que oculte una realidad opuesta, sino que asume la naturaleza del cambio y afronta con ilusión lo incierto del porvenir. No cabe en su seno pesimismo alguno. Pero al no poner bajo sospecha a la diferencia, al no considerar a la libertad como un alarde subversivo, al no ver en el derecho a la vida un costoso privilegio, sólo la pacífica coexistencia de sus ciudadanos es lo único que puede garantizar su correcto funcionamiento. Concluyamos retomando de nuevo la idea del intelectual que dejábamos apuntada más atrás. Pues en la medida en que éste sepa encarnar el verdadero espíritu de su época, como así lo entendía Lukács²⁷, sentirá como ineludible vocación la defensa de la vida y de los valores democráticos. Trasmudado en un ingeniero social, en un perito sagaz empeñado en promover y difundir las ventajas del Estado de Derecho, pondrá al servicio de su causa todos los recursos que el caudal de su ingenio le brinda.²⁸

Europa

Con esto llegamos al último de los diálogos: *El papel de Europa en el mundo*. A través de lo que allí se dijo vamos a establecer un poco más las diferencias que nos separan de Fukuyama, quien puede ver en los Estados Unidos el estadio final de la Historia. Para nosotros, ese lugar le corresponde a Europa, y así lo entendemos dada la circunstancia histórica de nuestro propio país. Contra toda la literatura vertida al respecto, y los largos prejuicios por ella generados, lo cierto es que la naturaleza y finalidad de la Europa de nuestros días no son inseparables de las de la España actual. Ambas nacen de una quiebra material y moral sin precedentes: las dos contiendas mundiales y la guerra civil, sólo superada por un decidido esfuerzo de sincera

²⁷ LUKÁCS, *El asalto a la razón*. Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1976, p. 81.

²⁸ Los abusos que el desarrollo de la ciencia comporta y a los que nos referíamos anteriormente pueden ser subsanados, dicho sea marginalmente, por el compromiso democrático de la comunidad científica. Es decir, por la convicción de que las conquistas intelectuales en cualquier campo han de redundar en beneficio de la Humanidad en general. Esta vocación no fue nunca ajena a los grandes científicos de todas las épocas ni es incompatible con la universalización de la información propia de nuestra época.

reconciliación. En tiempos pasados la coyuntura –y posterior comparación- de una afectaba dramáticamente a la otra. Julián Marías lo describe de este modo:

Desde la irrupción en la historia de la generación del 98 se produce una situación en cierto modo paradójica respecto a la relación con Europa. Intentemos precisar de qué se trata. Es cierto que se había producido un desnivel, aproximadamente de una generación, y que databa de la invasión francesa y la guerra de la Independencia; en ese momento suceden dos hechos de enorme importancia y que se combinan para producir un efecto mayor: el comienzo de un periodo de aislamiento provocado por la lucha misma y la anormalidad política del reinado de Fernando VII, de un lado; del otro, la discordia, la existencia, por primera vez en toda nuestra historia, de lo que se ha llamado, casi siempre con impropiedad, <<las dos Españas>>.²⁹

Un destino similar sufrió la propia Europa, desgarrada por la lucha entre el totalitarismo y la democracia; uno por tratar de ponerla en un puño y la otra por desembarazarse del mismo. El exterminio judío nace, entre otros motivos, de una determinada concepción de lo que ha de ser la verdadera naturaleza del continente. Pero como vimos anteriormente, cuando nos ocupábamos de la democracia, también la realidad española y europea hunde en sus raíces en una ingenua fe en el porvenir. Esto ya lo supo ver el propio Ortega y Gasset, defensor adelantado del europeísmo. Uno de sus comentaristas afirma:

Con su intuición de los precedentes históricos, Ortega busca el germen de la unidad europea en el pasado, especialmente en las fuerzas que produjeron la formación de las diversas naciones. Recordemos que la nación se basa realmente en el entusiasmo: es una invitación a los hombres para que se unan en una empresa común: la organización superior de la vida, la conquista, la colonización o la protección contra pueblos extranjeros. El principio unificador es la voluntad del hombre de adherirse a un ejemplo de superioridad. Castilla triunfó en España por la superioridad de su disciplina, de su visión y su voluntad, en suma, por tener un plan más firme para el futuro. La nación es en su esencia un proyecto que un grupo de hombres ofrece a otro. No es una entidad estática sino un movimiento hacia algún fin étnico e ideológico. Ortega observa ingeniosamente que no es el pasado lo que une a los hombres; que los hombres no

²⁹ MARÍAS, *España ante la historia y ante sí misma (1898-1936)*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1996, p. 37.

luchan por la conservación de un pasado común sino con la esperanza de un futuro común también.³⁰

A esta intuición genial acompañan no pocas consideraciones novedosas. En una de sus obras más celebradas, *La rebelión de las masas*, Ortega viene a afirmar que la aparente heterogeneidad de las naciones y culturas europeas tiene su origen y mejor defensa en un único espacio común: el mismo continente. El cristianismo primitivo engendró las distintas sectas; el recuerdo del Imperio romano inspiró las formas estatales modernas, el auge de las letras y las ciencias, en fin, configuró los distintos estilos nacionales³¹. La comprensión de la realidad de ese nuestro espacio común pasa por entenderlo como una unidad. Movido empero por temores coyunturales, ante el ascenso de los movimientos multitudinarios que tanto daño hicieron a la vida pública de su época, nuestro autor compara la unidad europea con el nuevo tipo humano del momento (a quien califica de hombre-masa) y que amenaza con disolver la riqueza plural de Occidente. Ortega era consciente, sin embargo, que ya en sus tiempos -como también hoy- la autoridad y poder europeos quedaban en entredicho.

Por vez primera, al tropezar el europeo en sus proyectos económicos, políticos, intelectuales, con los límites de su nación, siente que aquellos —es decir, sus posibilidades de vida, su estilo vital- son inconmensurables con el tamaño del cuerpo colectivo en que está encerrado. Y entonces ha descubierto que ser inglés, alemán o francés es ser provinciano. Se ha encontrado, pues, con que es <<menos>> que antes, porque antes el inglés, el francés y el alemán creían, cada cual por sí, que eran el universo. Este es, me parece, el auténtico origen de esa impresión de decadencia que aqueja al europeo. Por tanto, un origen puramente íntimo y paradójico, ya que la presunción de haber menguado nace precisamente de que ha crecido su capacidad y tropieza con una organización antigua, dentro de la cual ya no cabe.³²

³⁰ RALEY, *Ortega y Gasset, filósofo de la unidad europea*. Revista de Occidente, Madrid, 1977, p. 181. Conviene advertir, aunque sea dar un cuarto al pregonero, que está en ciernes en nuestro contexto político un proyecto de construcción nacional que pretende integrar en uno distintos territorios con visiones de futuro dispares. Aunque por ello Ortega pronosticaría su fracaso, nosotros afirmamos, más modestamente, que en tal disparidad se halla su verdadera piedra de toque.

³¹ ORTEGA Y GASSET, *La rebelión de las masas (O.C.: IV)*. Revista de Occidente, Madrid, 1966, p. 117.

³² Op. cit., p. 248.

Esta sensación perdura hoy aunque por motivos distintos pero no desfavorables en absoluto. Pues se dan en el seno de la Unión Europea tendencias e, incluso, ideologías que se han dado en llamar *euroescépticas*, cuya misión parece ser la impenitente puesta en entredicho de los verdaderos alcances y posibilidades de esta nueva entidad política, cuando no la abierta oposición a su futura consolidación. Desconocemos si existe algo así como un *angloescépticismo*, que tanto bien haría por otro lado a los destinos del mundo, o, en Latinoamérica, un *hispanoescépticismo*³³. En cualquier caso, esa duda ante la naturaleza y finalidades de nuestro actual sistema redundará en beneficio del mismo, en la medida en que, por lo menos, plantee interrogantes o incluso obstáculos que deberemos salvar. Y a todo ello se ha de sumar el peso del pasado, que es insoslayable, y que sólo llega a superarse, según nuestro autor, cuando se ha asumido radicalmente. Historia y vida aparecen dolorosamente unidas y se complican entre sí; en la medida en que el progreso material y político aumenta, en mayor peligro está. De ahí la importancia –y esto es lo decisivamente relevante- de acumular la acumular toda experiencia pasada, que impida de un modo irreversible volver a un estado original. El saber histórico se constituye en una ciencia en el más riguroso de los sentidos, en una disciplina que, si bien no logra ofrecer una respuesta definitiva a los interrogantes que la vida misma, la de cada cual, va planteando en el correr del tiempo, puede evitar en cambio que se repitan los errores pretéritos.³⁴

Sin embargo, una importante contradicción planea en las tesis del filósofo español. Pues en la medida que la vida siempre es diferente y, en cierto modo, azarosa, la relación de las desventuras pasadas poca ayuda le puede brindar. Más bien al contrario, la historia se revela una carga inútil, una mera fábula con escasas aplicaciones prácticas. Pero Ortega afirma, y nosotros con él, que el vivir siempre es nuevo y diferente, por lo que la memoria, que no es más que el testimonio de lo sucedido, es incapaz de atender correctamente a lo que acontece; en su seno residen las glorias pasadas pero también los errores y las derrotas. Y tal vez en eso radique su importancia. El conocimiento histórico puede convertir los proyectos otrora abortados en las metas futuras,

³³ Es imposible hallar este último. Más bien somos los europeos quienes podemos aprender de la sana mentalidad hispanoamericana, que sin llegar a acabar con sus fronteras –como lo hemos hecho nosotros- y careciendo de una moneda común, han logrado empero trascender la estrechez de miras que atenaza a los que vivimos en la otra ribera del charco. Así, un argentino o un colombiano se sienten, a la vez, latinoamericanos; pero es muy difícil, sino imposible, dar con un español o con un inglés que se tenga a sí mismo por europeo también.

³⁴ Op. cit., pp. 203-204.

encaminando de este modo la existencia de las personas y los pueblos hacia metas que en el pasado, por uno u otro motivo, quedaron irrealizables.

Con tales propósitos nació la Unión Europea y con tales desafíos se fortalecerá o desaparecerá. Un espíritu afín animó el último de los diálogos que estamos describiendo, el cual pedía para nuestra política común una vocación multilateral que, contrastando con las acciones unilaterales de los Estados Unidos (aunque alguno de los asistentes al acto apostó por una fiel colaboración con ese país), haga prevalecer la legislación internacional y el respeto a los derechos humanos sobre el uso de la fuerza. En este sentido, bien podemos celebrar como todo un acontecimiento histórico la futura promulgación de la Constitución Europea. Dejando a un lado los posibles progresos que en materia política y social puede suponer, no dudamos sin embargo en considerarla una singularidad, un hecho que marca un antes y un después en las relaciones entre los pueblos. Pues, en primer lugar, y siguiendo a Ortega, nace de un proyecto común. Al mismo tiempo, reconoce la especificidad cultural de los pueblos que la integran. En último, y esto es lo verdaderamente inaudito, promueve una unidad que no se ha conquistado a través de la guerra. El sueño de una Europa unida fue común a Octavio Augusto, Carlos I de España y V de Alemania, Napoleón o Hitler, quienes no pensaron en la misma sino regida bajo un único puño; la historia pone de manifiesto cuanta sangre costó tal pretensión.

Pero hoy nace una instancia política que deriva del consenso democrático y de un porvenir del que participa toda nación integrante en la misma, aunque su desarrollo dista mucho de ser fácil. En efecto, falta lo fundamental, y es que todo ciudadano y ciudadana de la Unión tome verdadera conciencia del paso que se está aprestando. Para ello pueden bastar los argumentos políticos que hemos ido aduciendo y que se concretan en el pleno reconocimiento que hace la Comunidad Europea de las particularidades que la integran. Y aunque se objeté a los mismos razones emotivas, como puede ser el patriotismo, el lógico amor hacia la tierra propia, no es menos cierto que los sentimientos humanos son, como la misma naturaleza de nuestra especie, evolutivos, pueden mejorarse si se complementan entre sí. El afecto hacia el propio país no ha de ser incompatible con la adhesión a una confederación en la que se halle integrada aquél. Si todo esto no basta, tal vez sirva para ello una esperanza, poco más que un sueño, que anima empero todas nuestras palabras.

A modo de conclusión

Es la nuestra una época póstuma: consecuencia manifiesta, inherente al discurso que pretende finiquitar la totalidad. Uno de los rasgos más característicos de nuestros tiempos es la absoluta falta de curiosidad; desde luego, el sustantivo tiene un carácter peyorativo que conviene tener en cuenta. Por otro lado, se atribuye con demasiada ligereza el monopolio de la misma a la niñez o la juventud, edades díscolas en definitiva. La plenitud que acompaña a *l'âge de raison* nos exonera de la irritante comezón que sentíamos ante las novedades. El derrumbamiento o, por mejor decir, la aparente descalificación que hoy sufre la tradición, el peso del pasado, sólo sirve para poner bajo sospecha toda posible originalidad. En nuestros propios hábitos de consumo prima lo viejo, lo reiterado, pero, eso sí, con prestaciones raras; por lo que tenemos teléfonos con los que se puede escribir, televisiones con pasatiempos incorporados o extraños híbridos entre el surtido de los bienes muebles.

Otro tanto cabe decir de la experiencia mundana. La expansión de las nuevas tecnologías, el auge de la información, reducen el mundo a su perfecta disponibilidad, disolviendo el halo de misterio con que venía envuelto hasta hoy, lo que conduce a la complacencia inútil y a cierta galbana espiritual. De este modo la indolencia a la hora de pensar mundos distintos del que vivimos nos conduce con excesiva tranquilidad a reivindicar como único posible aquél que nos vio nacer: nos sentimos incapaces de imaginarnos a nosotros mismos sin el amparo de la democracia o de los derechos humanos. Lo que en última instancia no hace sino justificar las premisas del ya extenso discurso que vamos finalizando. Pero es difícil plantear una teleología sin incurrir en los excesos del visionario. Pensar que la historia tenga un final supone rechazar tajantemente la característica esencial del discurrir histórico, que no es otra que el cambio, el mero devenir. No tenemos serios motivos para creer que nuestro sistema político, nuestro código ético e, incluso, nuestra peculiar forma de entender y gozar de la existencia se hayan de mantener inmutables por los siglos de los siglos. La experiencia pasada nos demuestra que nuestros antecesores, los que antes hollaron la tierra, en demasiadas ocasiones llegaron a contemplar el fin de su estilo de vida, la caída de sus estructuras políticas o la trabucación de sus cánones morales, sin que previamente llegara a pasar por su cabeza tal posibilidad.

No deja de ser curioso advertir como las ideas de fuero, cristiandad o jerarquía han desaparecido para dejar su lugar a las de derecho, aconfesionalismo o pluralidad. Conviene tener en cuenta que aquellas primeras tan sólo perdieron su vigencia, su

fiabilidad, pero no –como afirmarían los lógicos- su valor de verdad. Buena prueba de ello es que bajo su influjo los hombres lograban dotar de un sentido a su existencia. La evolución de la sociedad implicó un cambio sustancial en el significado de tales nociones, facilitando su posterior sustitución por otras, más acordes con las exigencias de los tiempos y las nuevas necesidades humanas. Lo que por cierto no fue fácil; unas páginas más atrás aludíamos a la difícil consolidación de la ciencia moderna. Y fue ardua esa tarea pues los hombres que debían recoger los resultados y conclusiones que brindaba, con mayor ahínco empero se obstinaban en aferrarse a sus viejas creencias. Quien cree que la Tierra es el centro del universo no puede admitir que ésta gire en torno al Sol. Si alguien está convencido de que el ser humano se hizo a imagen y semejanza de Dios no puede tolerar la idea de que derive de un simple primate. Del mismo modo, quien se halla en posesión de la verdad absoluta, cuya manifiesta exigencia es la obediencia ciega, condena por irracional un sistema en el que las verdades son múltiples y dependen de la necesidad del consenso. Sin embargo, los que así pensaban y sentían llegaron a ver la hora aciaga en que *-things fall apart-* todo su mundo se derrumbaba.

Por otro lado, y de nuevo tras echar una ojeada a la lección de la historia, no es precipitado afirmar que la guerra y la violencia han sido una constante a lo largo de las épocas pasadas. Dijimos anteriormente que, desde mediados del siglo anterior, Europa se constituyó en una unidad a través del pacto político y de la expansión económica. Cuando la democracia y el bienestar van de la mano, nada aleja de un modo tan eficaz toda posible beligerancia. Así, del mismo modo que los españoles logramos desterrar del reino de nuestros temores al fantasma de la guerra civil, hizo lo mismo la Unión y, en un futuro tal vez cercano, lo hagan también todos los pueblos de la Tierra. Pues la paz, como la armonía del hogar, sólo se valora realmente en cuanto se ha perdido, aunque con gran ahínco los seres humanos nos aferremos a ella. Pocos son los que prefieren cualquier otra cosa antes que la convivencia pacífica, la solidaridad o la justicia. Sin embargo, defender o creer en tan nobles ideas sin un proyecto práctico y realista que permita su materialización deja a aquéllas, en rigor, en el nebuloso mundo de las buenas intenciones o de una filantropía mal entendida.

Por desgracia no sólo constituyen nuestro fueron interno las formas de pensar, las emociones o los propios recuerdos, sino que también lo modelan las exigencias de la actualidad, las tendencias pasajeras y los gustos efímeros. Otro tanto cabe decir de nuestros criterios morales, los cuales se van sucediendo, se sustituyen unos por otros

menos por la sana motivación que puedan inspirar que por el fragor de la vida actual. La defensa del sistema democrático pretende no tanto salvaguardar un determinado gobierno o espíritu social como garantizar la preponderancia de una mentalidad y, por ende, de un modo de vida. Como somos algo más que un cuerpo o una función biológica, el fin de nuestro actual estatuto jurídico supondría –para todo el que comprenda su capital importancia- la desaparición de nuestra escala de valores e, incluso, de los beneficios que nos otorga el mundo actual.

No basta con la mera asunción de los ideales democráticos; la validez de una creencia se basa en la capacidad que tiene para incidir de un modo u otro sobre la acción. De igual modo, aquel que defendiera la no-violencia o la equidad pero que careciese al mismo tiempo de un plan racional, de una forma inteligente y eficaz de ponerlas en práctica, no iría más lejos de lo que van quienes creen en la Navidad o en los cuentos de hadas. Sus principios son buenos y nobles, y honran indudablemente a quien los posee, pero cuya realización es de todo punto imposible pues no llega a brindar los medios para que ésta tuviera lugar. Del mismo modo que en la aventura cotidiana precisamos de métodos y herramientas para alcanzar nuestros fines, también en nuestra vida pública nos es menester de reglas y recursos para proteger o mejorar el mundo que nos ha tocado vivir. Y han de sernos útiles y eficientes para alcanzar el propósito con el que les dimos fin. En la medida en que la Unión Europea nació del vivo deseo de paz, en la medida en que los países que la integran se unen y ordenan – como las estrellas de su bandera- a través del diálogo y el consenso, será el mejor ejemplo de avenencia y reconciliación que podamos ofrecer al mundo. Si eso no convierte a Europa en el final de la historia si es, al menos, un buen principio.